

UN ARTICULO DE «LA IBERIA».

Anteayer domingo apareció en las columnas de *La Iberia* un extenso artículo que bien fácilmente se comprendía no haber sido confeccionado en su redacción. Tenía por epígrafe *El Pánico*, y por su forma y aserciones salía del tono general y presentaba fisonomía especial y muy distinta de la del periódico progresista. Como todo se sabe, por más que trate de ocultarse, no es ya un misterio la procedencia de semejante enjundio. No teniendo que guardar los miramientos y contemplaciones a que se ven obligados por exigencias del oficio los diarios de la situación, diremos que, según la versión más autorizada, el autor del artículo fué el Sr. Moret y Prendergast, ministro de Ultramar, de acuerdo y previa conformidad con sus colegas los ministros de Estado y Gobernación.

Esta indicación demuestra por sí sola que la cuestión que al principio era única y exclusivamente del general Prim, por lo que hace a España, pues por fuera ya se va viendo clara y distintamente que había otros elementos en acción; que la cuestión, decimos, personalísima del general Prim, se ha hecho colectiva de todo el ministerio, y tal vez con preferencia de una fracción de él, que podrá tener ulteriores y trascendentales aspiraciones; de la fracción de los ministros, representada en el ministerio por el autor del artículo y uno de los co-autores que hemos indicado.

La síntesis del artículo es la siguiente: reina un terror pánico, pero es infundado: es preciso que haya reflexión y no dejarse llevar de las primeras impresiones; las palabras pronunciadas en las Cámaras francesas por los ministros, revelan, por lo que hace a España, el más profundo respeto a nuestro derecho de constituirnos como tengamos por conveniente; el gobierno francés nos ha dado acerca de este asunto cuantas seguridades se pudieran desear; Francia y Prusia tienen sus motivos particulares de querrela; si han tomado por pretexto la candidatura de Hohenzollern, nada tenemos que ver en ello; si entre las dos está la guerra a nosotros nada nos importa; ya se arreglarán, ó por la diplomacia ó por la guerra; Francia se guardará muy bien de entrometarse en nuestros asuntos; si tratase de introducir la discordia entre nosotros, saldría perdiendo; proclamáramos la república, y ardería toda Europa; vamos ganando en consideración; hemos demostrado que para elegir rey sabemos prescindir de toda extraña influencia; cuando un príncipe como Hohenzollern acepta la corona, es señal de que valemos mucho; Europa se ocupa exclusivamente en contemplarnos; por último, ganamos, porque nos autuamos todos los partidos; no hay, pues, cuidado; la candidatura sigue adelante; si triunfa, será una gran gloria; si es derrotada, habrá sido una prueba útil y una crisis gloriosa.

Tal es exactamente compendiado el artículo, y a la verdad apenas puede comprenderse tanta ligereza para tratar tan grave y difícil asunto, y mucho más para las amenazas y la jactancia que tan mal sientan, después de haber comenzado por decir que reina interior pánico en la situación. Si el artículo fuese apreciación del periódico *La Iberia*, podría pasar explicándose por la particular disposición de humores en que se encontrara el articulista, y como un abandono a la corriente de los que han dado en tratar de la cuestión con una frivola insustancialidad y prorrumpir en baladronadas ridículas y que en manera alguna hacen al caso. Mas el origen que fundadamente se les atribuye le da una importancia escepcional y le coloca en el número de los insignes desaciertos que desde el principio se han cometido en tan malhadado asunto.

Francia reconoce que podemos constituirnos cuando y como nos plazca; sí, pero a condición de que no resuñen lastimados sus intereses ni herida su dignidad; buena prueba de que no ha querido consentir en que el general Prim se convirtiera en instrumento de los planes de la Prusia, es que se halla dispuesta a emprender una guerra desastrosa para impedirlo.

En Francia se distingue entre la nación española y el ministerio del general Prim; y como se sabe que para traer al trono español a un príncipe prusiano no se ha contado ni poco ni mucho con la nación, y que esta rechaza tal candidato, no se habla de la nación sino del general Prim, y contra este se ha dirigido cuanto se ha dicho en las Cámaras francesas. La frase que se ha empleado, lo dice todo: «es una intriga de Bismark y del general Prim»; esto se ha dicho en el Parlamento, en la prensa, en todas partes en el vecino imperio; la causa de la nación española está en el asunto fuera de discusión. Pretender que las contrariedades que ha experimentado y experimente el general y su ministerio sean otras tantas ofensas a la nación, es una temeridad, a la cual no debiera haberse arrojado el autor del artículo publicado en *La Iberia*.

Se necesita grande frescura para mostrar la glacial indiferencia que muestra el articulista, al expresarse en la forma en que lo hace al hablar de la guerra entre las dos potencias y de la tranquilidad con que la veía España. Después de haber sido causa de la guerra, contemplar impasiblemente sus horrores, es una crueldad feroz y una insensatez apenas comprensible. Fuera mejor que hubiese pasado como sobre áscaras por este punto, que nada tiene que no sea de candente, y aun hubiera sido más habil callar ó expresar el más profundo dolor por los desastres que pudiera ocasionar el rompimiento. España no podrá ser indiferente a las calamidades que se asocien a su nombre, siquiera se halle inocente, y los verdaderos causantes sean los que, sin contar con ella, han dado el aventuradísimo paso que acaban de dar. Por lo demás, que hubiese ó no de tomar una parte activa en la guerra, suponerlo solo es una perfecta ridiculez; ¡buenos estamos para guerras con otras naciones, cuando no podemos tenernos en pie!

La imprudencia suma, la que no se concibe cómo se haya podido cometer, es la de haber estampado en el artículo de que si Francia tratase de hacer algo contra nosotros, España pronunciaría un nombre, (es decir, la *guerra república*) y levantar una bandera que sería el grito de guerra y la señal de la conflagración general. Es decir, que

por sostenerse el general Prim y sus siete ministros, no vacilarían en sumir a España y a toda Europa en los horrores de un desquiciamiento universal; que a trueque de sostenerse en el poder, darían fuego al mundo; dando la señal de la conflagración general. ¡Gran patriotismo! y sobre todo ¡gran amor a la humanidad! Cuando eso se escribe, se demuestra con ello más lo que lo que se quiere: se demuestra que se está bajo la presión del pánico, que ha dado ser y nombre al artículo. En 1823 no se llegó a tanto ni con mucho, y eso que entonces había no solo amenaza, sino seguridad de que iba a efectuarse la invasión, cosa que ahora no sucede ni sucederá ni de tal cosa se trata.

Las pruebas que el articulista presenta para convencernos de la gran importancia de la España revolucionaria, son peregrinas. Europa nos mira, es verdad; pero cómo nos mira! ó mejor dicho, cómo mira a los revolucionarios españoles! es preciso hallarse muy obcecados para convertir en sustancia la actitud en que hoy se encuentra Europa respecto al gobierno del general Prim.

Que siga ó no adelante la candidatura, sin cuidado nos tiene: está ya tuerta en la opinión desde el primer día, y no podrán resucitarla todos los esfuerzos y habilidades de los que todavía se atreven a defenderla.

HOHENZOLLERN SIGMARINGEN.

Por los telegramas van nuestros lectores que la loca y temeraria candidatura del coronel prusiano, en vez de encontrar simpatías, despierta en todas partes, lo mismo en España que en el extranjero, la mayor repulsi6n y es objeto de las más fuertes censuras. Aun naciones como Italia y la misma Inglaterra, que era de suponer que, cuando más, permanecerían pasivas en un conflicto entre Prusia y Francia, se han puesto del lado de esta última, por considerarse justa su causa y extraña y agresiva la conducta observada por los gabinetes de Berlín y Madrid.

Aquí es en vano pretender hacer de esta cuestión una cuestión nacional; aquí no hay nada nacional, por el contrario, todo es privado, privadísimo, ni siquiera es una cuestión de partido, ni aun de fracción. ¿Qué tiene de nacional la candidatura del coronel prusiano, cuyos apellidos en la misma Alemania no son simpáticamente conocidos ni aun fáciles de pronunciar? ¿Quién había pensado en España, estadistas, diplomáticos, hombres de guerra ni políticos en el Sr. Hohenzollern Sigmaringen? Nadie hasta que el Sr. Salazar y Mazarredo, conocido por sus envidias y por su falta de tacto en las cuestiones internacionales, hojeando una historia, ó unos folletos, se encontró con este dichoso coronel, que es como haber encontrado otras islas Chinchas, por lo que respecta a la felicidad de España, pues los mismos y mayores perjuicios que nos proporcionaron aquellas islas por causa del Sr. Salazar nos ha de proporcionar el candidato por él inventado y patrocinado por el conde de Reus.

Hemos dicho que en este asunto no hay nada nacional, y vamos a probarlo. Todas las candidaturas antes iniciadas respondían a un pensamiento realizable, cualquiera que fuese la conveniencia ó la inconveniencia que entrañasen a los ojos de los mismos revolucionarios. El duque de Aosta podía significar la mayor estrechez de relaciones entre dos países meridionales, casi de un mismo origen, ambos revolucionarios y que parece quieren marchar por un mismo nivel de esceso de libertad.

Montpensier debiera ser el candidato natural de la revolución, pero como a la revolución le pasa lo que a Saturno, que devora a sus propios hijos, la revolución es la que ha devorado a Montpensier, no habiéndole dejado mas que un zancajo, ó sea a la unión liberal. Además, y en esto es preciso ser justos, aunque no lo merezcan los revolucionarios, pues la mayor parte lo han hecho inconscientemente, al conducirse con Montpensier como lo han verificado, han respondido a un sentimiento íntimo que todavía existe en muchos revolucionarios, a pesar del extravío de su razón y lo empujado de sus pasiones. Muchos revolucionarios han hecho el siguiente raciocinio y a algunos les hemos oído nosotros, «no puede ser buen rey el que es ingrato y desleal hermano,» y esto y el temor de que fuera un rey unionista es lo que mas ha imposibilitado su candidatura.

La candidatura del duque de Génova respondía a los mismos intereses que pudiera representar la del duque de Aosta, y por lo tanto se comprende también la iniciación y aceptación de ella.

La de D. Fernando de Portugal se explica y comprende perfectamente, por más que fuese irrealizable, pues la unión de España y Portugal siempre la han considerado todos los hombres sensatos como punto mérito que imposible por la vía diplomática, y completa mente inconveniente por medio de las armas.

La candidatura del duque de la Victoria, que es otra de las echadas a volar por los hombres de la revolución, por más que nada resolviera en ningún sentido, es al fin y al cabo candidatura española, recae en un general que ha tenido simpatías entre las masas y que aun conserva algunas entre ellas y entre ciertos hombres de la revolución.

Demostrado que todas esas candidaturas significaran algo, representarían algo, respondían a algún pensamiento, vamos ahora a demostrar que la de Hohenzollern no responde a nada, a nada que no sea *cero* ó *cantidad negativa*.

Demos de barato que dicha candidatura no ofreciera las justas dificultades que ha presentado la Francia y que pueda ser origen de un gravísimo conflicto en Europa. Supongamos que el Sr. Sigmaringen toma el tren donde se halle y viene derecho a Madrid, que el regente con su notoria condescendencia, que Prim con su reconocida consecuencia, y que Salazar y Mazarredo, con su habilidad diplomática se dan por muy contentos y por muy satisfechos de verlo instalado en el palacio de la plaza de Oriente; ¿pero sucede lo mismo a todos los españoles? No y mil veces no.

Lo mismo los hombres de la revolución que los que en ella no han tomado parte, dirán, «ese candidato no es español, no representa ningún interés social ni político verdaderamente espa-

ñol; en la política internacional tampoco aporta ventaja alguna, porque las pretensiones de la Prusia, ó más bien de interés a España ó han de estar en desacuerdo; no conoce las costumbres, no conoce el idioma, no conoce la estructura de nuestros partidos políticos, no conoce sus hombres, no conoce las legítimas y verdaderas necesidades morales y materiales del país; ¿qué bienes, pues, nos va a reportar el Sr. Hohenzollern, y qué interés hay en que sea rey de España? Bienes, ya hemos visto los que nos puede traer, y eso haciendo caso omiso del veto de la Francia y de una guerra europea. —Interés, ya se ha demostrado que el país no tiene el más leve por su persona ni por su dinastía.

Y sino que se diga ya ocurrido a nadie, a excepción del general Prim y de Salazar y Mazarredo, semejante candidatura? Pues cuando las cosas ó las personas responden a explicar un interés de esta importancia, no es a dos ni a tres ni a ciento a quien le ocurre, sino a la generalidad de los que afecta su interés. ¿Y qué interés, se preguntará, ha llevado el general Prim y al señor Salazar en proponer semejante candidatura y con ella los conflictos que todo el mundo prevé. El del Sr. Salazar ya lo hemos indicado; para personas del carácter y de las aficiones de dicho señor basta y sobra el que una cosa esté revestida de cierta extrañeza estrambótica para que sea de su agrado y de su distinguida preferencia.

En cuanto al interés del general Prim puede ser de varias clases. Es posible que no falte quien diga que sus diferencias con el emperador de los franceses, a consecuencia de los acontecimientos de Méjico; que su disgusto con ese mismo monarca, por no haberle dejado conspirar a su placer cuando estaba emigrado ultimamente, y que el no haber prestado la Francia a la revolución y a los hombres de Setiembre un apoyo impolítico ó inconveniente para los intereses legítimos y permanentes de la nación vecina, pueden ser la causa que ha movido al conde de Reus a patrocinarse una candidatura que en la que en su cansada inteligencia creía ver cumplidamente vengados todos los supuestos agravios de que se cree víctima por parte de Francia.

Posible es también que el marqués de los Castillejos haya acariciado esta candidatura en la seguridad de que no pasaría de candidatura y en la confianza de que abandonadas todas por irrealizables, se pensase en él ya con un protectorado, ya como presidente de una república, pues el general Prim lo mismo es para un guiso como para un fregado.

De todos modos y cualquiera que sea el interés que se suponga al conde de Reus al cobijar con su autoridad la candidatura del coronel alemán no ha podido llevar otro propósito que alguno de los que dejamos apuntado, pues no le querremos inferir el agravio de su onerarlo tan ignorante ó tan cándido que creyese que la referida candidatura era la expresión del sentimiento nacional en España (cuando nadie ni sabía que existía tal personaje) y que no había de producir los gravísimos conflictos a que está abocada Europa y el supuesto sonrojo y la supuesta vergüenza porque había de pasar España de verse contrariada, ó mejor dicho, obligada a desistir de una candidatura que tantos beneficios le había de reportar según el ministerio y los pocos revolucionarios que hacen coro.

En resumen, la candidatura de Sigmaringen no cuenta con el afecto, ni aun con el apoyo de los esparteristas, de los carlistas, de los republicanos, de los unionistas, de los alfonsinos, ni aun con el de muchos demócratas y de algunos indiferentes; no cuenta tampoco en la prensa mas que con la defensa de dos ó tres periódicos, ¡le parece al conde de Reus, a Salazar y Mazarredo, y al mismo Sigmaringen, que para llevar autoridad al sillón real, basta con ese apoyo y con el de unos cuantos diputados amigos y allegados del general Prim?

Pero, ¿a qué cansarnos estendiéndonos en mas consideraciones? ni Hohenzollern Sigmaringen ha de ser rey de España, porque ya buscarán los hombres de la revolución un medio de que no lo sea, visto lo que ardece el temporal, ni el general Serrano dejará de ser regente, ni el conde de Reus dejará de ser presidente del Consejo de ministros, por mas que llegue el quinto ó sexto de saire de la misma clase—desaires que desde que mandan estos liberales de nuevo cuño—ni se consideren ni ofenden.

Así se observan las prácticas de dignidad política en tiempo de la España con honra.

Nuestro ilustrado corresponsal de París con fecha del 9 nos escribe lo siguiente:

«Sr. Director de *El Eco de España*. Por telegrama habrán Vds. recibido la grave comunicación de M. Gramont, ministro de Estado, a la Cámara popular sobre la nueva cuestión que ha tomado el nombre de *cuestión hispano-prusiana*. «La Francia, dice M. Gramont, no puede consentir que un príncipe de Prusia se sienta en un trono que ha de servir de rearguardia al ejército prusiano.»

Dice muy bien un periódico que el Sr. Prim y el príncipe de Hohenzollern no son sino los *marionetas* en esta grave cuestión que puede ventilarse por las armas entre Francia y Prusia. ¿Cómo saldrá la Europa de este conflicto no es fácil adivinar, pero la aventura en que nos ha lanzado el general Prim a riesgo de perdernos, es un caso digno de la atención y de la meditación de cuantos hombres tengan algo que perder en España y nuestras posesiones de Ultramar. Para los que conocemos la situación y los hombres que hoy dominan en España, es evidente que se provoca una guerra para llevar un rey a Madrid que satisfaga las ambiciones bastardas y los intereses personales del puñado de hombres que se han impuesto por la violencia en el gobierno del país. No hay más ni hay menos en esta política atroz y temeraria que rige los destinos de la España y no se podía esperar otra cosa de la capacidad y de los antecedentes del conde de Reus.

Si los españoles no protestan contra esta política audaz y llena de peligros, habremos de sufrir las consecuencias que serán más desastrosas de lo que se puede pensar. En primer lugar tendremos la guerra civil, y con ella la bancarrota, pues jamás reinará en paz el protegido de Prim. En pos de esto vendrá la pérdida de nuestras posesiones de Ultramar, pues luego que nos separemos política mente de la Francia, que ha sido y es nuestro aliado natural, la consecuencia inmediata será el reconocimiento de los beligerantes en Cuba y los resultados de este reconocimiento no son difíciles de adivinar. Se conoce que la mano funesta de Salazar y Mazarredo, que en

las islas Chinchas provocó nuestra guerra con el Perú y Chile, ha andado en esta aventura. Lo que aquí sorprende, y con razón, es el ver que los notables de la política, los generales ilustrados del ejército, los hombres políticos de primer órden y las otras clases ilustradas de la sociedad no se opongan a la espantosa y criminal actitud que ha tomado el general Prim en la cuestión de monarca. Es probable, según las noticias que recibimos, que la Prusia, mejor aconsejada por las potencias, abandone ó haga abandonar la candidatura del príncipe Hohenzollern y que se pueda evitar la guerra, pero con este hecho no se tra consideración a los ojos de Europa habrá recibido un golpe mortal, no por otra razón sino porque revela el estado de inepticia y de de radación en que se encuentra España, dejándose dominar por la clase de hombres que nos gobiernan.

Preocupados con este suceso no se habla de otra cosa ni es posible tampoco, por que la Europa en masa está interesada en la paz, y hoy se trata de una guerra europea cuyas consecuencias serán terribles. Los valores y los fondos públicos bajan considerablemente en la bolsa y hay pánico porque se temen complicaciones gravísimas. Nosotros confiamos en la caballerosidad y la humanidad del rey Guillermo de Prusia, en los instintos conservadores de la sociedad prusiana, en los consejos de la Europa para salir bien de esta penible situación en que nos ha colocado una ignorancia muy culpable ó una perfidia que no tiene nombre.

El Sr. Olazaga no está con este suceso sobre un lecho de rosas y paga con usura el *doce far niente* de la seguridad que le ha procurado la revolución de Setiembre que tan mal parados nos tiene a todos. *Le Centre gauche* dice que *Olazaga es una magnífica inutilidad de la diplomacia española*. Otra consideración asalta la razón: ¿los hombres sensatos y se preguntan. ¿Quién será este príncipe Hohenzollern que no ha desistido de su candidatura en el acto de saber que iba a llevarnos a España con su personalidad la guerra con Francia, nuestra ruina y una guerra europea?

Ya sabemos que no será rey de España Hohenzollern, pero si no vemos que desiste en un periodo de 24 horas y retira su tan funesta como triste candidatura, este príncipe será excoerado de las generaciones presentes y futuras. Porque no hay que dudarlo; la Francia no retrocederá y se hará la guerra si no se retira Hohenzollern. El papel que hace Prim en este terrible conflicto lanzando a Europa en una guerra, acaso por la vanidad de dejar su nombre a la posteridad, ha tenido en la historia su precursor. Estrato pegó fuego al templo de Efezo por dar satisfacción a un sentimiento igual.

La *hiopadess* es un libro traducido del sanscrito en el que leemos la máxima siguiente: *toda vez que nos privemos de la sociedad de hombres de bien tenemos que caer fatalmente en manos de los malos*. Y este libro instructivo contiene a seguida una fábula con el título de *El Elefante y el Chacal*, que viene de molde a la situación de España. El pueblo español a quien le han hecho creer que sería el soberano con falsas promesas, ha caído como el elefante del apólogo en un pantano por los albagos y las seducciones del chacal, y este con sus compañeros burlándose de él después de haberlo perdido lo devoraron. Se dice a última hora, que *Olazaga sale para esa corte*; pero no pasa de ser un rumor.

En la Tertulia progresista hubi en la noche del sábado gran reunion con asistencia del general Prim. Este, ocupando el asiento presidencial, espetó a sus cándidos correligionarios uno de aquellos magistrales discursos que tan buena fama de orador le han creado, nutrido de elevados pensamientos y que arrancó entusiastas aplausos de la grey progresista.

El discurso del general Prim, se redujo a estos ó parecidos términos:

«Señores: siento una gran complacencia al verme entre tanto caballero, pero mis ocupaciones, que al revés de los demás españoles que viven al día, me hacen a mi vivir al minuto, no me permiten asistir a este ilustradísimo centro con la frecuencia que deseara. Mi alma, ya lo sabeis, está con vosotros; y ya que tengo hoy la fortuna de hallarme aquí, voy a cumplir con un deber; a haceros un solemne declaración; y es que, dadas las circunstancias del país creo oportuno no decir nada de ciertas cosas, por lo que me habreis de permitir que cierre los labios: ya me entendéis, ¿no es verdad camaradas? Por lo demás, no tengais cuidado ni os preocupe mi silencio; mis antecedentes me abonan, y *quoiqu'il arrive* os aseguro que la libertad no peligrará mientras la tenga en mis manos. Si, pues, bonito soy yo: con la bandera de la libertad en una mano, y el hacha de abordaje en la otra... hablemos pues del sol, de la luna y de las estrellas.

He dicho. (Grandes entusiasmos y frenéticos aplausos). Como era natural, algunos otros señores tomaron la palabra. El Sr. Bautista Alonso se encargó de hacer el panegirico del general, tan desapasionado é imparcial como puede suponerse, analizando sus cualidades como militar y como político y ponderando las excelencias de la libertad.

El Sr. Madoz habló tambien, y no de la Península; y por fin el Sr. Mata, el paisano del general Prim pronunció un discurso astronómico-patriótico, en que procuró demostrar que España antes de la revolución era un cuerpo opaco, pero que desde aquel dichoso acontecimiento irradiaba luz propia a causa de la mucha libertad de que se goza y de que se hace un uso tan sensato.

Como el médico-novelistas habló del sol, de las estrellas y de la luna, el Sr. Martínez Luna hubo de darse por aludido y tomó la palabra, no para ofrecer sus luces al gobierno, sino para ofrecerle el pueblo de Madrid y la milicia ciudadana.

Todos los discursos que se pronunciaron por los individuos de la tertulia, fueron seguidos de grandes aplausos, pero todos estuvieron a la altura de el del general Prim. Los órganos del partido progresista, especialmente *La Iberia*, no tienen palabras bastantes para elogiar el espíritu patriótico y elevado que reinó en la reunion, pero no es extraño, escriben para... progresistas.

Si el general no tiene grandes motivos para congratularse de su política, si tanta propiamente extraños representa en estos momentos un papel bien poco airoso, puede en cambio consolarse y hallar satisfacción en las ovaciones que recibe en la tertulia de la calle de Carretas.

El País, en un artículo que lleva por epígrafe *Calma y patriotismo*, trata de templar las iras de los demás periódicos revolucionarios, que con tanta ligereza, imprevisión y falta de buen sentido se han exaltado ante la justificada actitud de la Francia, dando el carácter de cuestión de honra nacional a la que no puede serlo, sino cuando

más, el general Prim y de los que le hayan ayudado en la intriga prusiana.

Con este motivo, el periódico del Sr. Topete, pasando la mano al general Prim y empleando toda clase de halagos y frases suaves, demuestra que la nación nada tiene que ver con el fracaso que ha sufrido el general y que este es el único que debe cargar con las consecuencias, haciendo el sacrificio de su amor propio en aras de la conveniencia del país.

Oigamos las palabras del colega:

«Por qué convertir imperiosamente en cuestión nacional una cuestión que hasta ahora no ha revestido con respecto a España más que un carácter puramente ministerial? ¿Qué hay hasta este momento en el grave asunto que nos ocupa? Que el general Prim autorizado por sus compañeros de Gabinete, y en su desdén de poner término a la interinidad que nos agobia, ha buscado un candidato; que ha tenido el acierto ó la desgracia de encontrarle en la corte de Prusia; que se han hecho públicas las negociaciones; que la diplomacia europea ha intervenido, y nada más. ¿A qué sacar la cuestión de su verdadera esfera? ¿A qué intentar darle mayores y más peligrosas proporciones? Si la fatalidad de las cosas hiciera que la candidatura del príncipe Leopoldo fracasara, ó si resultase imposible nos expusiera a dolorosas contingencias, ¿no sería conveniente y patriótico que el general Prim sufriese solo el desengaño sin compartirlo con la nación española? Si por la presión irresistible de las circunstancias fuera preciso retroceder en la senda emprendida ¿no sería más digno, no sería más honroso que retrocediera el general Prim y no España?

Reconocemos y confesamos que el sacrificio de amor propio que exigimos al marqués de los Castillejos es fúmeno y doloroso; pero la grandeza de la abnegación cabe tambien en almas enteras y varoniles como la suya, y en ocasiones supremas es más gloriosa la humillación personal que salva a un pueblo, que la soberbia engendradora de catástrofes desconocidas.

Habría tal vez quien crea ver en nuestras palabras una intención hostil: hízala el señor presidente del Consejo de ministros; pero quien tal diga ó imagine, nos culmina. Los actos de abnegación hechos en aras de la patria levantan y realzan el crédito de los hombres públicos, le deprimen; y el marqués de los Castillejos, librando a su nación de un grave conflicto y reconociendo a tiempo el error suyo ó el de las circunstancias, añadirá un nuevo timbre a los muchos que tiene conquistados; merecerá, por sus sacrificios, la gratitud de todos los buenos españoles, y acrecentará su prestigio en el seno mismo de las Cortes Constituyentes, que de seguro no han de exigirle por ello responsabilidad ninguna.

¿Qué efecto producirá esta es citación del periódico montpensierista en el general Prim?

¿Dejará éste su puesto para apartar el conflicto y simplificar la situación gravemente complicada?

Varias razones nos inducen a creer que no: y es una de ellas que el general Prim hallará algún medio para conjurar la tormenta sin abandonar un poder que tantas frustradas empresas le ha costado, y que puede hacer el sacrificio de su amor propio y arrostrar la humillación que le exige *El País* sin abandonar el sillón de la presidencia.

Lo que el órgano del Sr. Topete aconseja al general Prim acostumbra a hacerse allá cuando existían los obstáculos tradicionales, cuando no funcionaba regularmente el organismo constitucional, cuando no se escuchaba el eco de la opinión, cuando mandaban, en fin, los picaros moderados; pero desde que la revolución ha venido a restablecer los buenos principios y las buenas prácticas, los sillones ministeriales, y especialmente el de la presidencia, tiene un tornillo en el asiento.

Son, pues, voces perdidas en el desierto las exhortaciones de *El País*, y después de todo ¿qué importa? Lo que este periódico desea es recoger la herencia del general para favorecer el nombramiento de su candidato, y

Entre Illescas, Toledo, Yepes y Ocaña, puede haber mucho bueno, pero no hay nada.

Vamos a dar a nuestros lectores una broma de carnaval, copiando parte de un snelle en el que *La Revolución* dice lo siguiente:

«La mayor parte de los diarios de provincias nos hablan ya de la satisfacción y alegría con que ha sido acogida en toda España la candidatura del príncipe Leopoldo, a medida que se han ido conociendo las altas prendas que adornan al candidato.»

Indudablemente *La Revolución* habla de las prendas de vestir del rey de Prusia.

Ole Ole, sin duda se está equipando para presentarse dignamente ante los españoles. Esto, aparte de que no hemos visto un periódico de provincias que muestre semejante satisfacción.

Entre otras cosas verdaderamente notables que ocurrieron la otra noche en la *Tertulia progresista*, cuando el general Prim se presentó a decir que no decía nada sobre la candidatura del coronel prusiano, no fué la menos notable la parte del discurso pronunciado por el Sr. Bautista Alonso que apostrofó al general Prim con las siguientes frases:

«Tú eres hoy el regulador de la política española; tú el faro que en noche tenebrosa nos guía, indicándonos el punto seguro donde debemos dirigirnos, y donde te seguiremos, porque, a tú vez, también vas en pos de nosotros. ¿Qué debes hacer? Saltar por encima del nivel de las circunstancias, teniendo confianza en la omnipotencia de Dios, en el patriotismo de la representación nacional y en el cariño de los españoles.»

Nunca hubiéramos creído que una persona de las del Sr. Bautista Alonso se dedicase al género de política laberintica en que tantos laureles lleva adquiridos el famoso Estrada.

El salto del general Prim por encima de las circunstancias debe ser más famoso que los de Blonduin en la cuerda. Sin embargo, como está probado que el conde Reus no lleva tan bien como aquel el balanceo, le aconsejamos que no *salte por encima de las circunstancias*, porque podría romperse la cuerda.

Los diarios montpensieristas, que días atrás echaban venablos contra el emperador y el gobierno francés, suponiendo que su *reto* era la causa de que no subiese al trono de España el duque de Montpensier, vienen ahora trémulos de alegría copiando con fruición el despacho en que se dice que *El Constitutionnel* asegura que la política

francesa se opone a la candidatura de *Ole Ole* por una razón de dignidad y de conservación de equilibrio europeo; pero que es tal su respeto a la independencia de España que si *D. Antonio Igual* fuese elegido rey por las Cortes, ninguna objeción pondrían a ello, ni el gobierno, ni el emperador.

Aconsejamos a los periódicos de la unión que no chapen mucho el caramelo porque es de pega. Siempre hemos asegurado que ni el emperador de Francia ni ningún otro monarca, por poderoso que fuera, se atrevería a oponerse a una solución monárquica que los españoles acordasen por ser la genuina expresión del sentimiento nacional, y al asentar los hombres de la unión a este propósito no hacen otra cosa que probar la escasa fe con que antes aseguraban que la causa de los grandes descalabros de Cain III no era otra que la guerra hecha por la Francia a su candidatura, cuando esa candidatura, ahora como antes y como siempre, es y será odiada de todos los españoles, que en su proverbial hidalguía desfezan a los ingratos, a los perjuros y a los traidores.

Con motivo de las graves complicaciones a que ha dado lugar la candidatura del príncipe Leopoldo, se asegura que ha salido de esta corte un emisario del gobierno para que desista. No sabemos el fundamento que tenga esta noticia.

En el Consejo de ministros de ayer quedó admitida la dimisión del Sr. Moreno Benítez. Parece que le sucede en el gobierno de Madrid el Sr. Albareda, y que el Sr. Moreno Benítez reemplaza en la plenipotencia de Washington al señor López Roberts.

También se habla para el puesto de gobernador de Madrid de los señores marqués de Perallos y Becerra.

La gravedad de las actuales circunstancias puede apreciarse por la gran baja que han sufrido los fondos y especialmente en el día de ayer. La cotización de última hora fué la siguiente: El 3 por 100 ha quedado ofrecido a 24.10 al contado y a 24 a fin de mes. Los bonos, que hace pocos días estaban al 76, han quedado al 64.

Parece que los carlistas se han dado como punto de reunión las cercanías de Bayona, desde donde piensan emprender otra campaña.

El duque de Madrid debe encontrarse entre sus parciales mañana.

Ya habrán visto los colegas defensores del Sr. Figueroa que los fondos franceses han bajado al tipo en que se da derecho al Banco de París para que rescinda la última operación sobre bonos. El tiempo ha venido a confirmar, antes de lo que deseáramos, las indicaciones que hicimos en nuestro último número.

No solo a los capitanes generales, sino a los directores de las armas, se les ha dirigido la circular de que dimos cuenta en nuestro número del domingo, en que se exageran las cualidades del príncipe Hohenzollern-Sigmaringen, el cual se supone que ha aceptado la corona sin reserva alguna.

Está visto que el general Prim quiere, recobrar a todo trance las simpatías del ejército en favor de su particular candidato.

Parece que nuestro distinguido amigo el bizarro y pundonoroso general Lersundi ha sido dado de baja en el ejército a consecuencia de fallo de Consejo de guerra.

Bien merecen una noble y entusiasta enhorabuena los que son dados de baja en el ejército por las causas que lo es nuestro amigo.

En la noche del jueves unos cuantos individuos promovieron algún alboroto en Orense, lanzando piedras contra los balcones del edificio en que se halla establecido el casino carlista, sin otras consecuencias que el destrozo de los cristales.

Ya ha debido terminarse el plazo de cuarenta y ocho horas fijado por Francia a Prusia para su contestación, y se cree que Prusia no dará contestación satisfactoria para Francia.

Un colega ha oído asegurar que D. Fernando de Portugal es contrario a la candidatura de su yerno Leopoldo.

Según los datos reunidos hasta el día, se encuentran en la actualidad en Madrid 165 diputados.

Un periódico de hoy dice que muchos de los individuos del clero que habían prestado juramento a la Constitución están retirando su firma y retractándose de su juramento.

Los ministerios de Gracia y Justicia y Hacienda, por su parte, añade el colega, parece que responden a estas retractaciones suspendiéndoles el pago de sus consignaciones.

REVISTA DE LA PRENSA.

Juzgando *La Política* el artículo que con el epígrafe de *El Pánico* ha publicado *La Iberia*, escribe los siguientes párrafos, en los cuales precisa es confesar que hay argumentos que no tienen réplica.

«Con efecto; ese artículo, que hubiera anunciado mejor su intención esencial titulólo *No asustarse*, está escrito con el propósito de ofrecer—súbito y precursor—al nuevo profeta maldad que la malhadada candidatura Sigmaringen ha difundido, desde el instante de su aparición en el país. La baja ruina de los fondos públicos, la ansiedad de todas las clases, la protesta furiosa y melancólica de todos los hombres desolados, las justas y legítimas declaraciones de los adversarios de la situación, los severos aunque necesarios con ojos de los que creemos que sus amigos imparciales, han dado lugar a ese artículo. Su origen, pues, es plausible, porque es buen de seo. Pero ¿y su desempeño? ¿Con qué panacea intenta el órgano del Sr. Sagasta calmar el nuevo dolor y acallar los nuevos quejidos del sentimiento público? ¿Qué pánico, qué apoyo, qué fuerza salvadora viene a ofrecer al edificio revolucionario, cuyas bases arrugan y se estremecen hoy—mucho—de las temerarias que lo han hecho en todas las pasadas crisis y en tantos otros interludios?»

Los remedios de ese artículo son dos: uno para cada una de las dos gravísimas cuestiones en que se

divide la proyectada aventura Hohenzollern; uno exterior y otro interior. No hay que asustarse por la cuestión exterior, dice ó da a entender el artículo; si viene la confagración europea, si la guerra estalla, si el terrible choque de las dos grandes potencias militares del continente se hace inevitable, España no se meterá en nada. España será neutral; y en cuanto a la cuestión interior, cuando nos veamos decididamente perdidos, cuando los hombres de la situación tengamos que renunciar a traer el rey que nos hemos propuesto dar a España, saltaremos, como vulgarmente se dice, el toro, jugaremos la última carta, haremos la república, y de este modo nos vendremos a un tiempo de Francia, de Europa y de los malos monarcas españoles que no quieren por rey al inmejorable, al ideal coronel Leopoldo.

«La neutralidad! Pero ¿cómo, cuándo, en qué forma? Supongamos que las primeras evasivas canceladas de Prusia sean ciertas y justas; supongamos que el gobierno prusiano no ha sabido, en efecto, una palabra de lo ocurrido, hasta que el coronel Hohenzollern le ha participado, por urbanidad, su aceptación en principio de la corona que ha ido a poner no ralmente sobre sus sienes el Sr. Salazar; supongamos que no hay nadie en Madrid que haya leído cartas ni documentos que digan otra cosa; supongamos que, a pesar de ser esta cierta, Francia y Prusia vienen a las manos. ¿Estaria abonada por la sanción del decoro de un pueblo activo la neutralidad de España, aunque España no fuera mas que el pretexto de la lucha? Pues supongamos que, en vez de ser el pretexto, somos en rigor y en conciencia la causa verdadera del conflicto; supongamos que Francia y Prusia llegan a batirse por España. ¿Cómo se llamaría entonces la imparcialidad española?»

La neutralidad, aun después de haber renunciado al príncipe prusiano, aun después de haber probado por medios de lealtad solemnemente a la Europa que hemos hecho lo posible por remediar el conflicto, sería difícil. La neutralidad insistiendo el gobierno español en la candidatura, la neutralidad teniendo en España a Leopoldo I, la neutralidad oyendo que se baten gentes extrañas a nuestras puertas por nuestra monarquía, por nuestra independencia, no sería posible, porque nunca han sido posibles para el pueblo español las indignidades. Si ese rey y sus consejeros no quisieran en este caso desvanecer la espada de España, España lo haría por sí misma, y haría bien; y hasta los que nunca nos consolaríamos de haber visto derramada sangre española contra la voluntad y el interés de nuestro pueblo acudiríamos lealmente a la contienda. Por eso somos anti-prusianos de la vispera: para no serlo, con pérdida egismo del día siguiente.

Respecto al segundo remedio del elevado articulista, respecto a la república, ¿qué hemos de decir? Tenemos la convicción de que, si tomásemos en serio la especie, no haríamos mas que regular el odio de su autor. La república ya es tarde para eso; ya es tarde para pensar en ella. La república de los monarcas desechados pasaría desde el primer instante a manos de sus verdaderos dueños federales o unitarios. Ya es tarde para apoyarse en elementos a quienes no hay ya posibilidad de dominar y dirigir por la astucia. Eso era un cabo suelto en otros tiempos, un naipé de la baraja revolucionaria que otras veces podía estar en reserva, un recurso supremo que podía utilizarse antes que el país en general, y el partido republicano en particular, supiesen, como saben, a qué atenerse. Ya es tarde para hacer aceptar al republicano, mas ó menos disfrazado y manoseado, la dictadura de la desesperación, la república pretorial de los que en ella se refugian por no tener otro sitio. Y además, el país sabe muy bien que si existe un verdadero peligro de intervención extranjera, ese peligro está hoy en la república; y el país sabría rechazar a tiempo la aplicación.

Resulta, pues, que los dos remedios del magno artículo tranquilizador que nos ocupa son mucho peores que las enfermedades a que se destinan. Y para ofrecer eso ha dejado momentáneamente sus elevadas regiones la alta inteligencia a quien se cree autora de esa obra maestra! ¡Es toda la lección de medicina política que se ha servido darnos! Pues señores permitid indicar por nuestra parte a ese desconocido, respetable doctor, que hay medicamentos cuyo solo anuncio hace conocer a la familia del paciente la aptitud negativa y funesta del propinador.»

Del periódico satírico que con el nombre de *El Perro Terranova* se publica en Cádiz, tomamos el siguiente artículo:

«PATRIOTISMO PROGRESISTA.

No hay cosa mas conmovedora que el patriotismo progresista.

Con cualquier cosa se excita, por cualquier motivo se enojando, y por la causa mas baladí rompe en himnos y aclamaciones.

Entiéndase bien que no hablamos del patriotismo en general, sino del patriotismo progresista.

Porque los progresistas tienen un patriotismo para su uso particular; que todo es particular en ellos. Tanto es así, que no hay tipo mas progresista que el del *Caballero particular*.

Un gobierno reaccionario como el de un progresista en ayunas, es decir, a un progresista cesante, ó, lo que es lo mismo, a un progresista conspirador y lo maldad a tomar aires; justasele a todo el partido el cielo con la tierra, conmuevense sus fibras mas sensibles y rompe en llanto sobre la inocente víctima del mas feroz despotismo ministerial.

Pero fusila D. Juan a los carlistas en Montealegre sin formación de causa; la partida de la Porra, ó sea el mito de Moreno Benítez, maltrata y asesina a ciudadanos indefensos, y el partido progresista se queda tan fresco como una lechuga, si es que no encuentra disculpable el hecho, ó si no se le ocurren algunos chistes, como suyos, con que encofrar el alma de las víctimas.

Sensibilidad progresista.

Hace un gobierno reaccionario un empréstito, delante de las Cortes y con aprobación de las Cortes, y a tipos relativamente ventajosos, y lo dedica a objeto visible y tangible: el progresista grita: ¡respeto!

Contratan sus hombres otro empréstito a censurados tapados y solamente ellos saben para qué, pues el país no se apercebe de la aplicación de sus productos: el progresista, entonces, calla y come.

Honradez progresista.

Cae un ministro reaccionario al empuje de un motín vergonzoso y de una traición incalificable. Pues como después de caído se permita comer todos los días, tenga por se, que que las vibras progresistas se apresurara a contarle los garbanos de su olla y a valorarlos como perlas de Oriente.

Pero viene de la emigración un liberal consecuente. Y viene lo que se llama descalzo y con un trapito delante y otro detrás, y al mes de ocupar la prebenda que antes distraía el hambre, anuncian los periódicos de su pandilla, con la mayor frescura, que el liberal consecuente sale para sus posesiones.

Desinterés progresista.

Vase, pues, como todo es particular en los progresistas, y no se extraña que lo sea también en ellos el patriotismo.

El progresista no es patriota, sino a condición de que la patria sea progresista.

Pero en la prevision de que la patria se obstine a no tener tan mal gusto, ellos se fraguan una España, particular también, y que tiene tres pares de peren dengues.

El progresista coge la historia de España y en todos sus héroes no ve mas que héroes progresistas. Progresistas fueson Padilla, Bravo, Maldonado, Larrea; progresistas las víctimas ilustres del 2 de Mayo, y sino han hecho progresistas al Cid y a Gonzalo de Córdoba, ha sido por pura modestia.

De los únicos que no se acuerdan es de D. Opat y de Belido Doños.

Por otra parte, los amigos políticos de Prim y Figueroa han llegado de tal modo a convencerse de que la patria toda ha de ser de ellos, que cambiando un poco la frase, han adquirido la convicción de que la patria son ellos.

Así, solo lo que ellos piensen y lo que ellos determinen es lo patriótico.

La conservación de sus destinos debe ser la gran cuestión nacional.

No los ven Vds. cuán juiciosos se muestran contra el emperador de los franceses? Cómo invocan el honor nacional y hacen un llamamiento a las sombras gloriosas de nuestros héroes!

—Aquí debe haber algo que lastime hondamente nuestro amor propio: el emperador de los franceses debe querer imponernos un candidato odioso para España.

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

—¿No lo señor! Si es que los progresistas, los admiradores del 2 de Mayo, quieren nombrar rey a un alemán, nieto de Murat!

rial, en el Océano Atlántico, en el mar Mediterráneo, en casi todo el Océano Índico y en el mar Polar Antártico.

El primer contacto de la sombra con la luna se verificará en un punto del limbo de esta, que dista 81 grados de su vértice boreal hacia Oriente, y 56 grados de su vértice inferior hacia la izquierda (visión directa).

El último contacto de sombra con la luna se verificará en un punto del limbo de esta que dista 87 grados de su vértice boreal hacia Occidente, y 86 de su vértice superior hacia la derecha (visión directa).

El aplaudido primer bajo de zarzuela D. Pascual Daly, ha recibido encargo de un opulento banquero de Montevideo, para la formación de una buena compañía de Zarzuela, que ha de actuar en el teatro Solís de aquella ciudad, y en otros de Buenos Aires y Rio-Janciro.

Por orden del ministerio de Gracia y Justicia se han declarado suprimidos los títulos del conde de Montagu, marqués de Guerra, marqués de Lara y vizconde de Barrantes, por haber trascurrido el término legal desde que por segunda vez se publicaron las vasantes.

El Sr. Ruiz de Quevedo, constructor de los ferrocarriles gallegos y asturianos, ha salido de Madrid, con objeto de inspeccionar las obras.

En la dirección de la deuda se han satisfecho hasta el día por intereses del coupon vencido 39.210.724 reales.

Parece que la *Gaceta* publicará la notificación dirigida a las potencias extranjeras sobre la designación del candidato.

Un cabo de trabajadores de los Campos Eliseos fué herido ayer tarde de un tiro de cachorrillo en un brazo por uno de sus dependientes. Se condujo al herido a la casa de socorro del segundo distrito, trasladándose después al hospital nacional. El agresor se halla preso.

Ha sido declarado cesante D. Antonio Villamor y Peña, inspector facultativo de bosques de la dirección del Patrimonio, y nombrado en su reemplazo D. Fabriciano López y Rodríguez.

El teniente general D. Isidoro de Hoyos ha sido víctima de un robo de alguna consideración: un criado que había recibido en su casa hace pocos días ha desaparecido, llevándose unos 43.000 rs. en oro y billetes.

Ha llegado a Madrid, de paso para París, hospedándose en el hotel de los Príncipes, el embajador francés en Lisboa, conde de Armand.

Por decreto expedido por el ministerio de Fomento se nombra, por ascenso de escala, inspectores generales de segunda clase del cuerpo de montes, a los ingenieros jefes de primera D. Pedro Bravo Quejido, D. Esteban Boutelou, D. Antonio Campuzano, don Joaquín María de Madariaga y Ugarte, D. Máximo Laguna y Villanueva y D. Francisco García Mariao.

